

ébrio. Por esto no saldrá Egipto bien de ninguna obra que emprenda.»

Esta situación era en extremo funesta, pues entonces más que nunca el estado general del mundo exigía la existencia de un Estado poderoso en el valle del Nilo.

CAPITULO III

ETÍOPES Y ASIRIOS

Ya hemos visto cuáles fueron las primeras relaciones que existieron entre el Egipto y la que se estaba convirtiendo en gran potencia asiria. En el año 854 las tropas egipcias, aunque en número limitado, habían luchado en Qarqar por vez primera con las asirias. Los triunfos de Salmanasar II en Siria, que temporalmente habían puesto al Estado israelita en cierta relación de vasallaje respecto de Nínive, no fueron sostenidos por los sucesores de aquel monarca, cuya familia acabó por entregarse á la molición y á la inercia; pero al conquistar en 745 el usurpador, Teglatfalasar II, el trono de Assur, este estado de cosas sufrió un cambio radical. En pocos años quedó quebrantado el poderío del reino armenio, que había oprimido violentamente á Asiria; Babilonia fué, por lo menos en parte, nuevamente sojuzgada, y la conquista de Siria emprendida de una manera más completa de lo que anteriormente lo había sido. Por espacio de cinco años (742-738 antes de J. C.) permaneció Teglatfalasar en Siria al frente de un formidable ejército, comenzando por agregar á su reino una buena parte del país conquistado. Las ciudades de Arpad y de Cinalia, situadas al Norte de Siria, fueron tomadas; al reino de Hamat se le arrebató la mitad de su territorio y los pequeños Estados de Damasco, Israel y los caudillos árabes se vieron obligados á pagar tributos. Estos sucesos se reprodujeron durante los años 734 á 732. El espléndido reino de Damasco desapareció de la escena; Israel perdió las porciones septentrional y oriental de su territorio; los filisteos fueron vencidos, y se hicieron tributarios de Nínive los fenicios y los Estados de Gaza, Ascalon, Judá, Edom, Moab y Ammon. Las relaciones de aquel poderoso imperio se extendieron hacia la Arabia hasta el país de los sabeos del Yemen, tan aficionados al comercio. En Siria no había más que provincias asirias ó Estados vasallos y en el extremo oriental de la península del Sinaí se estableció la tribu de Idibá'il para vigilar las fronteras del lado de Egipto.

Egipto tuvo que presenciar sin hacer nada todos estos acontecimientos, que se sucedieron sin interrupción y que en el espacio de diez años batalla tras batalla transformaron por completo la situación del mundo. Por más que los pequeños Estados sirios ponían, en su desesperación, toda su confianza en el Faraon; por más que comprendieran que Egipto no podía en modo alguno tolerar que sus antiguos dominios, con los cuales se relacionaban entonces mil intereses políticos y comerciales, pasaran á poder de un conquistador extranjero, y por más que en el mismo Nilo se reconociera que la soberanía de Asiria en Siria constituía una amenaza constante contra Egipto, Bocoris y sus rivales no estaban en condiciones de intervenir en todos estos sucesos. La victoria conseguida por Sabacon en 728 cambió la faz de las cosas; todas las miradas estaban fijadas en él. Tenemos una oscura profecía de Isaías (cap. 18) en la cual el profeta pone todas sus esperanzas en Kusch: esta profecía debe de pertenecer á esta época. La lucha decisiva entre la antigua y la nueva gran potencia se acercaba: «En aquel día—dice Isaías en otro versículo (7, 18), en que describe el castigo que ha de caer sobre Judá—el Señor atraerá á la mosca que reside al extremo del río de Egipto (en Kusch) y á la abeja que vive en el país de

Assur.» La muerte de Teglatfalasar II, acaecida en 727, dió nuevo pábulo al movimiento. Hannon de Gaza, que había sido desterrado por el rey asirio, regresó á su patria procedente de Egipto, á donde se había refugiado; Oseas, rey de Israel, entró en negociaciones con Sabacon y se negó á dar á Salmanasar IV el tributo anual: pero al llegar el momento del combate, Sabacon no se presentó, siendo probable que le retuvieran en su patria algunos desórdenes que estallaran en sus dominios. Oseas cayó en poder de los asirios, y su capital, Samaria, fué tomada, después de tres años de sitio, por Sargon, sucesor de Salmanasar (722). Entonces quedó convertido en provincia su reino, la mitad de cuyos habitantes fué sacada de él y sustituida por colonos extranjeros. No fué mejor la suerte de Ilubid, que, poco tiempo después de esto y confiado quizás también en Egipto, se apoderó de Hamat y sublevó la Siria central, pues en el año 720 fué vencido y ejecutado. Por fin, Sabacon penetró en Siria al frente de un poderoso ejército, reuniéndose con Hannon de Gaza; pero en Raphia, en la frontera meridional de Filistea, fué derrotado por Sargon, siendo Hannon hecho prisionero. Los anales asirios, con su acostumbrada exageración, dicen de Sabacon que «huyó sin dejar rastro alguno» y que solo debió su salvación al auxilio de un pastor. De todas maneras, resulta probado que la tentativa de los etíopes para salvar la influencia de los Faraones en Siria fracasó por completo. Todos los que no tenían la inteligencia perturbada por un exceso de patriotismo ó por una confianza ciega en el poder de los dioses indígenas, reconocieron que nada podía ya esperarse del país del Nilo y que los príncipes y pueblos de Siria no tenían más remedio que someterse incondicionalmente á los asirios. Isaías vió venir la ruina de Egipto cuando exclamó: «Dejo al Egipto entregado á dueños crueles; Jehova dice que sobre él ha de reinar un rey fuerte.» «Egipto debe servir á Assur» (19, 4, 23).

Y sin embargo, no fué así; Sargon tuvo que atender á asuntos más apremiantes: tratábase de reconquistar las fronteras septentrionales del reino y de sojuzgar al rey Ursa de Armenia, que había organizado una gran coalición contra Assur (719-714). Es muy probable que entre los asirios y Sabacon se llegara á un convenio ajustado sobre bases sólidas, pues en las ruinas del palacio de Senaquerib, en Nínive, se ha encontrado un pedazo de arcilla en el cual se ven una al lado de otra las marcas de un sello asirio sin inscripción y del sello de Sabacon: quizás en otro tiempo estuvo este fragmento adherido á algún documento de convenio.

La derrota de Raphia debió de influir en las relaciones interiores del valle del Nilo, favoreciendo esencialmente el estado de confusión y de desorden que nuevamente surgió en Egipto. Sabemos que en 715 «Faraon, rey de Egipto»—probablemente un dinasta del Bajo Egipto que quiso asegurarse el apoyo de Siria—pagó tributo á Sargon; en cambio, la ciudad filistea de Aschdod (Azotus), confiando en el auxilio de los egipcios, se rebeló muy pronto contra Asiria, primero á las órdenes de Azuri y después á las de Jaman. Los rebeldes procuraron atraer á su causa á los príncipes vecinos de Judá, de Edom y de Moab, pero estos se mantuvieron con razón reservados. Isaías llamó la atención sobre las ilusorias esperanzas que en Egipto se fundaban: dentro de tres años, decía, el rey de Assur «se llevará á los egipcios y kuschitas como prisioneros, descalzos y desnudos, con gran vergüenza para Egipto. Entonces quedarán confundidos y avergonzados los que esperaban en Kusch y los que en Egipto eran orgullosos.» Aschdod fué, en efecto, rápidamente sojuzgada (711) pero la guerra no estalló, antes por el contrario, según dice Sargon, Jaman, el autor de la rebelión, huyó al través del Egipto al lejano país de Melucha, cuyo monarca, á pesar de que

sus antepasados no habían enviado nunca una embajada á los asirios, le entregó por temor á Sargon. Melucha es muy probablemente el nombre de una comarca babilónica, pero en aquel tiempo los asirios lo aplicaban con mucha frecuencia al país de Kusch. El rey de Napata, probablemente Schabataka, evitó la invasión que le amenazaba con una humillación profunda.

Con la muerte del gran hombre de Estado y organizador Sargon (julio de 705) pareció que las cosas iban á tomar distinto rumbo. Su hijo Senaquerib tuvo que luchar en todas partes con dificultades. Los babilonios capitaneados por Mardukbaliddin (1) y protegidos por el rey de Elam volvieron á sublevarse; en las montañas orientales reinaba en todas partes gran efervescencia y aun entre los mismos asirios debieron de estallar desórdenes, pues Sargon pereció á manos de un asesino. Parecía haber llegado el momento de sacudir el yugo asirio. Sabemos que algunos mensajeros de Mardukbaliddin llegaron á la corte del rey Ezequías de Jerusalén, que fué el alma de la rebelión y á quien ayudaron Eluleo, rey de Sidon y de Tiro, y Zidqa de Ascalon; los habitantes de la ciudad filistea de Aqqaron (Ekron) se apoderaron de su rey Padi, que era adicto á los asirios, y lo entregaron á Ezequías. Los aliados cifraban todas sus esperanzas en Egipto, siendo vanas las advertencias de Isaías sobre el funesto empeño de confiar en un país impotente y sobre la inutilidad de las negociaciones con el Faraon (2).

Entretanto había cambiado también la situación en Egipto. En el año 704 consiguió en Napata ser elevado al trono el rey Taharqa (3), á lo que parece un usurpador, quien, á juzgar por ciertos datos que poseemos, hacia derivar de su madre Aqeru, á la que designa como «hermana y madre de un rey,» su derecho á la corona. De todos modos, lo cierto es que como joven guerrero de 20 años se dirigió á Egipto y lo sometió á su soberanía. Un dato de Manethon consigna que llevó allí un ejército de Etiopía, que dió muerte á Sebichos (Schabataka) y conquistó la soberanía sobre el país egipcio. Según noticias de procedencia asiria, para legitimar su soberanía se casó con la viuda de Sabacon, reconociendo probablemente como legítimo soberano de Egipto á un hijo de éste, á quien los asirios llamaron Urdamani. Este es indudablemente la misma persona que un rey Tanuatamon á quien más adelante encontraremos y que oficialmente compartió el trono con Taharqa, habiendo construido los dos juntos en Karnak un pequeño templo de Osiris-Ptah. Además de ellos subsistían los dinastas locales, que por de pronto fueron todavía reconocidos como reyes, pues Taharqa no adoptó al principio el título de Faraon: oficialmente no era más que rey de Kusch.

Taharqa y sus vasallos egipcios entraron en la coalición que se formó contra Senaquerib, pero también esta vez se anticiparon los asirios; así es que antes de que los preparativos de los coligados quedaran terminados, Senaquerib había ya vencido á Mardukbaliddin y á las tribus montañosas del Este, y se presentó á principios del año 701 en Siria. Eluleo y Zidqa fueron vencidos y conquistadas las ciudades fenicias y filisteas. Cuando Senaquerib quiso ir contra Aqqaron, llegaron por fin al teatro de la guerra «los reyes de Egipto y los arqueros, carros y caballos del rey de Melucha (de Kusch).» En

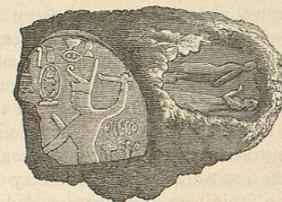
(1) La Vulgata le llama Berodach Baladan, hijo de Baladan.

(N. del T.)

(2) Capítulo 30-31. Véase Stade: *Historia de Israel*.

(3) En el Antiguo Testamento se le llama Tharaca. La cronología del período etíope está en algunas cosas sujeta á ciertas dudas, por más que nos parezca, en general, seguro el orden aquí seguido. En mi *Historia de la Antigüedad*, tomo I, § 353, dejé de mencionar que Taharqa, en 701, era designado expresamente solo como rey de Kusch (*Reyes*, IV, 19, 9, véase la memoria de Senaquerib). Según un monolito del Sapeum, no fué rey oficial de Egipto hasta 689.

Altaqu—así dice la relación asiria—fueron todos derrotados y hechos prisioneros el jefe de los carros y los hijos del rey—aquí está en singular—de Egipto y el jefe de los carros del rey de Melucha. Luego fué tomada y sojuzgada Aqqaron. Ezequías entregó á Padi, que fué nuevamente instituido rey, y tuvo que pagar una fuerte contribución, siendo saqueadas sus ciudades y sitiada, aunque no tomada, Jerusalén. Por más que esta última circunstancia demuestra que la campaña de Senaquerib no fué victoriosa en todos sentidos, no por esto deja de extrañar menos que no intentara explotar la victoria conseguida sobre Egipto. La narración hebrea viene á completar estas noticias; por ella sabemos que Ezequías pagó una cuantiosa contribución á Senaquerib, pero se negó á entregar á Jerusalén fiado en el auxilio de Egipto (4) y en las palabras de Isaías. A todo esto llegó la noticia de que Taharqa, el rey de Kusch, se acercaba al teatro de la lucha. Durante la noche—dice la citada relación—el ángel de Jehova exterminó en el campamento de Assur, 185,000 hombres, y en su consecuencia, Senaquerib se vió obligado á retirarse á Nínive. Muy análoga es la narración



Marca de los sellos de Sabacon y del rey de Asiria, impresa en un pedazo de arcilla de Kuyundjik.

que á Herodoto hicieron los egipcios, diciéndole que después del período etíope gobernaba sobre Egipto un sacerdote de Ptah llamado Sethos, que trataba muy mal á los guerreros y quería arrebatarles el país, y cuando Senaquerib, «rey de los árabes y asirios,» se presentó al frente de un formidable ejército, negáronse aquellos á combatir contra él, viéndose Sethos en grave apuro. Dios, sin embargo, le consoló en sueños diciéndole que él en persona le salvaría, y fiado en esto marchó hacia Pelusium al frente de un contingente de artesanos y mercaderes voluntarios. Durante la noche, los ratones invadieron el campo de los enemigos y royeron sus arcos y sus cueros, por lo cual tuvieron que emprender al siguiente día la fuga con grandes pérdidas.

Las dos versiones demuestran que el Egipto no se salvó por sus propias fuerzas. Senaquerib pudo haber exagerado la importancia de la victoria de Altaqu; pero es indudable que derrotó á las tropas de Taharqa, pues de no ser así, las cosas hubieran tomado en Siria otro sesgo, y los egipcios habrían hablado de una victoria y no de un milagro. Lo más probable es que algún suceso natural obligara á Senaquerib á renunciar al ataque sobre Egipto y á levantar el sitio de Jerusalén; quizás fué una peste, que diezmó su ejército, pues en otros pasajes de las narraciones orientales, las bubas pestilentes están simbolizadas por medio de ratones (*Reyes*, I, capítulo V, v. 6). Senaquerib, á pesar de esta catástrofe, consiguió en lo esencial el objeto que se proponía, pues que entonces la soberanía asiria sobre Siria fué más fuerte que nunca, no ocurriendo en lo sucesivo más que algunas pocas y aisladas rebeliones. A Egipto se aplicaban las palabras que la tradición hebrea pone en boca del embajador asirio, que advierte á Ezequías el peligro de una alianza con el Faraon: «Tú confías en aquella caña rota, en Egipto, que se clava en la mano

(4) *Reyes*, IV, 18, 21; para lo demás véase Stade: *Historia de Israel*.

del que en ella quiere apoyarse y se la traspa. Tal es el Faraon, el rey de Egipto, para todos los que en él confían.»

A pesar de todos los fracasos, también por esta vez un feliz accidente salvó a Egipto de ulteriores catástrofes, siendo muy probable que se firmara una paz formal que duró treinta años (700-672); Taharqa aprovechó este período para proclamarse oficialmente en 689 soberano del país, contando desde entonces los egipcios por los años de su reinado. Una inscripción de Tanis, por desgracia muy mutilada, refiere que la reina madre llegó al Bajo Egipto para ver a su hijo adornado con la corona del Ra, de la misma manera que Isis contempló a su hijo Horo sentado en el trono de su padre. Esto no hizo variar en nada esencial la situación del príncipe de los mercenarios y de Tanuatamon, antes bien los príncipes de Sais adquirieron entonces nuevo poderío. Manethon coloca en el año 684 la fundación de una nueva dinastía, la vigésima sexta, que fijó su residencia en Sais y a cuyo primer soberano llama Stephanates. Éste y Nechepsos que le sucedió en 677 son, sin duda, descendientes de la familia de Tefnacht y de Bocoris, reconciliados ya con sus antiguos enemigos y elevados nuevamente al poder bajo la protección y como vasallos de los etíopes. Quizás Taharqa les dejó también la ciudad de Menfis, y de ser esto así, estos soberanos dominaron, como Tefnacht en otro tiempo, sobre todo el Oeste del delta. No poseemos de ellos monumento alguno, pero veremos a sus descendientes muy pronto ocupar una posición importante.

Algunas construcciones, aunque de dimensiones reducidas, mandó ejecutar o restaurar Taharqa como rey de Egipto en Tebas, Menfis y Tanis; pero su principal cuidado fué adornar su capital, Napata, con hermosos templos dedicados a Amon y a sus compañeros tebanos Mut y Chunsu, y hacer desaparecer los antiguos edificios. A los ojos de las posteriores generaciones, Taharqa fué un gran conquistador, pues si bien Herodoto ignora su existencia, en cambio Megasthenes refiere que el etíope Tearkos llegó hasta las columnas de Hércules (1). El mismo Taharqa dió motivo para estas exageraciones, ya que en la basa de una estatua del rey que existe en Karnak aparece una lista de supuestos territorios vencidos, entre los cuales aparecen mencionados Cheta, Naharain, Assur y otros. Esta lista es una copia literal de la que hay en un monumento análogo de Ramesces II, en el cual tampoco es original. En realidad Taharqa solo luchó con éxito contra los dinastas egipcios, habiendo fracasado lastimosamente sus tentativas para avanzar más hacia el Asia.

Por fin en el año 671 ocurrió la catástrofe durante tanto tiempo esperada. Una nueva rebelión que estalló en Siria fué la causa de la guerra; el rey Ba'al de Tiro, confiando en el Egipto, se negó a pagar el tributo, en vista de lo cual el rey asirio Assarhaddon, hijo de Senaquerib, resolvió acabar de una vez con aquel estado de cosas, y después de mandar bloquear a Tiro — Ba'al no fué vencido hasta transcurridos algunos años — se dirigió con el grueso de su ejército contra Egipto. El príncipe de los árabes del desierto proporcionó camellos y de esta suerte se realizó felizmente la difícil travesía de Raphia a Pelusium. No sabemos hasta qué punto pudo resistir Taharqa, pero es lo cierto que Menfis fué tomada, y que los «hijos del motin» — así llaman muy a menudo los egipcios a sus enemigos porque se rebelan contra el mandato divino — llegaron hasta Tebas. Taharqa tuvo que retroceder hasta Etiopía y todos los dinastas locales se sometieron a los asirios. Assarhaddon adoptó el título de «rey de los reyes de Musur (Egipto y en especial el Bajo Egipto), de Patrus (el país del

(1) Estrabon, I, 3, 21; XV, 1, 6. Según Wiedemann: *Historia Egipti*, pág. 594. Megasthenes pretende que llegó hasta la India, pero en el lugar citado aparece en términos concretos lo contrario.

Sur) y de Kusch,» solemnizando sus victorias en un monumento labrado en las rocas de la pared de Nahr-el-Kelb, junto a la tabla triunfal de Ramesces II.

Assarhaddon confió el gobierno de Egipto a veinte dinastas locales, descendientes de los príncipes mercenarios, que de vasallos etíopes se convirtieron entonces en vasallos asirios, y al frente de los cuales figuraba Neco, rey de Menfis y de Sais, sucesor del antes citado Nechepsos; Neco fué elevado indudablemente por Assarhaddon al trono, pues sería muy casual que Manethon fijara precisamente el cambio ocurrido en el trono en el año 671, es decir, en la misma fecha de la victoria de los asirios. A su lado aparece el príncipe de Tanis, que lleva el nombre asirio de Sarludari, ó sea «¡ojalá que el rey dure!» Esto no obstante, es muy difícil que este príncipe fuese asirio, y así lo demuestra su posterior conducta; si cambió de nombre fué solo en honor del vencedor, del mismo modo que Neco hubo de cambiar el nombre de su hijo (quizás el que después fué Psammético) por el de Nabuschezib'anni, «Nebo me salva,» y el de su ciudad Sais por el de Karbelmatati, «jardín del señor de los países.» Los demás dinastas ostentan nombres ya conocidos para nosotros, como Pisenhor, rey de los pantanos del delta (Nathu), Paqruru de Pisapt (Gosen), Bukunanni'pi de Athribis, Harseisis de Sebennytos, Buaiwa de Mendes, Schuschenq de Busiris, etc., en el delta, y Nahki de Chinensu (Heracleópolis), Lamintu de Chnumu (Hermópolis), Ziha de Siut, Ispimat de Thinis, Montuem'anch de Tebas, en el Alto Egipto. A este último volveremos a encontrarle en un monumento egipcio bajo el nombre de Montuemhat.

Taharqa había tenido que huir a su patria ante el empuje de las armas asirias, pero no estaba dispuesto a renunciar al Egipto; así es que mientras Assarhaddon deponía en 668 la corona para ceñírsela a su hijo Assurbanipal, se dirigió nuevamente hacia el Norte. Montuemhat, «el conde de Tebas y el presidente del país del Sur» — éste es el antes mencionado Montuem'anch de los asirios, — le saludó como libertador; los asirios y los vasallos de estos que no quisieron reconocer al nuevo soberano fueron arrojados del Alto Egipto y Menfis conquistada. Taharqa mandó construir por Montuemhat algunos edificios de restauración en el templo de Mut, de Karnak, y ofrecer ricos presentes a los dioses. Sin embargo, el triunfo fué de corta duración, pues al poco tiempo las tropas etíopes fueron completamente derrotadas por un ejército asirio. Taharqa, al tener noticia de esta derrota, salió de Menfis y después de algunas inútiles tentativas para sostenerse en Tebas, acabó por evacuar en 667 todo el Egipto, pudiendo los asirios tras corta lucha restablecer el antiguo estado de cosas. Algunos príncipes parciales, entre ellos Neco, Paqruru de Pisapt y Sarludari de Tanis, intentaron destruir la dominación extranjera entrando para ello en negociaciones con Taharqa; pero los generales asirios se adelantaron a sus planes, se apoderaron de Sais, Mendes y Tanis, castigándolas con la proverbial crueldad de los asirios, y se llevaron a Nínive a Neco y a Sarludari. Neco, sin embargo, consiguió captarse el favor de Assurbanipal, quien creyendo haber encontrado en el astuto dinasta el instrumento a propósito para tener en eterna dependencia a Egipto, le colmó de ricos presentes, le hizo volver a Sais y dió a su hijo la soberanía sobre Athribis.

Quizás contribuyó a esto la noticia de que los etíopes estaban haciendo nuevos aprestos. En 664 ó 663 (2) falleció

(2) La fecha de la muerte de Taharqa se desprende del hecho de que según la computación oficial de época posterior, tal como aparece en un monolito de Apis, su sucesor inmediato fué Psammético, cuyo entronizamiento se fija en 663. Si Tanuatamon y Urdamani son una misma persona, cosa de la que no tengo la menor duda, su campaña hubo de ser

Taharqa y su ya anciano yerno Tanuatamon, el Urdamani de los asirios, heredó la corona de Napata y consigné sus hazañas en una gran inscripción del templo de la montaña de Barkal (1). Muy poco después de empuñar las riendas del gobierno, soñó, según refiere, que veía dos serpientes a su lado; los intérpretes de sueños manifestaron que esto significaba que conquistaría la soberanía sobre el Bajo Egipto — la corona egipcia está adornada con la serpiente Ureus. — A consecuencia de esto el rey, después de haber rendido homenaje al Amon de Napata, se dirigió a Egipto; las poblaciones de Elefantina y de Tebas le recibieron con júbilo, pudiendo el monarca ofrecer ricos sacrificios a los dioses. En Menfis apercibiéronse a la defensa «los hijos del motin,» pero fueron derrotados y Tanuatamon pudo penetrar en la ciudad de Ptah. Intentó luego sojuzgar a los príncipes del Bajo Egipto, pero estos se retiraron a sus fuertes ciudades, a donde aquel no se atrevió a seguirles, regresando a Menfis sin haber conseguido su propósito. El documento oficial contiene datos muy incompletos acerca del curso ulterior de esta expedición; en él se dice que en el día menos pensado presentáronse inesperadamente en Menfis para someterse los príncipes enemigos, acudidos por Paqruru de Pisapt. Tanuatamon sostuvo con ellos una larga discusión teológica sobre el poder de Amon, les agasajó y luego les envió a cada uno a su ciudad. «Los habitantes del Norte y del Sur llegaron a Menfis cargados de ricos objetos para atraerse la amistad de su majestad y el rey Tanuatamon se sentó en el trono de Horo.» Así termina la inscripción que nos ha sido conservada íntegra, sin decir nada sobre la marcha posterior de los sucesos, siendo evidente que no había otra cosa gloriosa de qué hablar y que el autor del documento prefirió guardar silencio.

Los anales de Assurbanipal nos permiten conocer el verdadero curso de los acontecimientos: concordando perfectamente con la inscripción de Napata, dicen que después de la muerte de Taharqa, Urdamani marchó sobre Egipto y se apoderó de Tebas, Menfis y Heliópolis. Es probable que en estas luchas muriera Neco, representante de los intereses asirios, a cuyo territorio pertenecía Menfis, pues a Herodoto le dijeron que Neco había sido muerto por el rey etíope, a quien equivocadamente llama Sabacon, y que su hijo Psammético huyó a Siria, es decir, con los asirios; según Manethon, el fallecimiento de Neco ocurrió en 663, año de la expedición de Tanuatamon. Según las mismas relaciones asirias, el rey etíope no llegó hasta el delta; en cambio, se explica muy fácilmente que algunos príncipes vasallos, capitaneados por Paqruru, entablaran negociaciones con él, y que apelando, quizás, a protestas y a la exposición del verdadero estado de cosas le indujeran a renunciar a toda ulterior lucha, pues a nadie podía ocurrírsele, después de todas las pruebas de impotencia que habían dado los etíopes, hacer voluntariamente causa común con él.

Pronto se convenció Tanuatamon de que le era de todo punto imposible conservar las posiciones alcanzadas; y persuadido como estaba de que nadie podía resistir a la voluntad de Amon, se sometió a la decisión divina y en cuanto supo que se aproximaban los asirios evacuó a Menfis y luego

en 663, porque su inscripción está fechada en el primer año de su reinado. Las inscripciones de Assurbanipal no contienen desgraciadamente ninguna fecha precisa.

(1) En la descripción plástica de la inscripción figuran al lado del rey «la hija del rey y princesa de Nubia (ta chont) Qaruhata» y «la hermana y esposa real, la princesa de Egipto (Qemt) Gar'ar'ai.» Ignoramos a qué clase de relaciones obedecen estos títulos; en la inscripción de Nastosenen encontramos otros títulos análogos. En los extractos que hace Eusebio, de Manethon, Tanuatamon aparece como «Ammeres el Etíope,» con doce años de reinado, al principio de la dinastía vigésima sexta.

a Tebas y regresó a su patria (2); los dinastas egipcios quedaron nuevamente sometidos a la dominación asiria, de suerte que el único resultado de su campaña fué que Tebas se vió otra vez completamente saqueada por el ejército de Assurbanipal. De esta catástrofe no pudo rehacerse la antigua capital, que ya en los últimos siglos había perdido una buena parte de su primitivo esplendor. Cuando sesenta años después el profeta judío Nahum anunció la ruina de Nínive, comparó a la ciudad arruinada con Tebas: «¿Eres tú mejor que No-Amon (la ciudad de Amon), que yace junto a la corriente rodeada de agua y cuyas fortalezas y muralla son el río? La poderosa Kusch, innumerables egipcios, Put (3) y los libios eran sus auxiliares, a pesar de lo cual también ella pasó a manos extranjeras y fué reducida a esclavitud; también sus hijos fueron acuchillados en todas las esquinas de las calles; sus personajes ilustres fueron sorteados y todos sus magnates cargados de cadenas.»

Con la retirada de Tanuatamon (663 antes de J. C.) termina la dominación de los etíopes sobre Egipto; los reyes de Napata nunca más intentaron reconquistar el bajo valle del Nilo. La suerte les había señalado una posición de altísima importancia histórica; su misión era contrarrestar el creciente poderío asirio. Pero no era su propia fuerza lo que les había hecho conquistar tanto poder, sino el fraccionamiento interior y la debilidad de Egipto, pues por lo que a ellos se refiere puede decirse que no estaban a la altura del papel que les tocaba representar. Su historia presenta durante un siglo un cuadro lamentable de desproporción entre los esfuerzos que se hacían y las cosas que se llevaban a cabo; siempre se lanzaban a elevadísimos objetos, pero siempre era para caer miserablemente al poco tiempo. La retirada de Tanuatamon fué debida al perfecto conocimiento de su situación, pero el abandono de su empresa sin luchar fué el triste final de una historia poco gloriosa. El recuerdo de la retirada de los etíopes vivió durante mucho tiempo en la memoria del pueblo. Herodoto refiere que Sabacon — a quien se tiene aquí por el representante de los reyes de Napata — soñó, a los cincuenta años de reinar sobre Egipto, que un hombre le aconsejaba que partiera en dos a todos los sacerdotes egipcios; el rey, comprendiendo que los dioses querían atraerle a la perdición guiándole a la impiedad y que había transcurrido el plazo que el oráculo le había fijado para gobernar, abandonó espontáneamente a Egipto. Entonces salió de sus pantanos el ciego Anisis, que se hizo cargo del gobierno. Los sacerdotes no dijeron a Herodoto que al retirarse los etíopes el país cayó en poder de los asirios.

El motivo que esta relación da a los sucesos caracteriza perfectamente a los etíopes. Por las piadosas, aunque fútiles expansiones de Pi'anchi y de Tanuatamon sabemos que los etíopes tomaban la religión más en serio que los egipcios. Al regresar a su patria permanecieron fieles a esta tendencia, llegando a realizar por completo y con toda su pureza la idea del Estado de Dios. «Los etíopes — dice Diodoro (4) — se diferencian de todos los demás pueblos especialmente en la manera de elegir a sus reyes; en efecto, los sacerdotes escogen de entre ellos mismos a los mejores y de los así distinguidos es aclamado rey por la multitud y adorado y venerado como un dios — porque se cree que la Providencia le ha elegido soberano — aquel a quien la divinidad designa durante la solemne procesión que siguiendo la costumbre se organi-

(2) «Huyó a Kipkip» dice Assurbanipal. Bajo este nombre hay que entender una comarca nubia.

(3) Estos eran probablemente las tropas mercenarias libias.

(4) La fuente a que acudió es indudablemente Agatárquidas, de quien tomó asimismo sus datos (por mediación de Artemidoro). Estrabon, XVII, 2, 3.